

ANTOLOGÍA DE LA NARRATIVA GALLEGA ACTUAL

JAIME SANTORO DE MEMBIELA

Presentación

La producción literaria y cultural gallega de este siglo está determinantemente marcada por el signo la Guerra Civil y por sus consecuencias sociales y políticas, de manera que cualquier periodización tiene que articularse sobre este hecho. En el caso de la narrativa, se produce un lapsus de 14 años que separan la publicación de *O mesón dos ermos* (1936), de *A xente da Barreira* (1950), con que Carballo Calero rompe un silencio vergonzoso, consecuencia de la represión cultural a que son sometidas las culturas autonómicas. A partir de los años cincuenta y, espaciando el trazo, hasta aproximadamente la década de los ochenta se registra la coexistencia de diversas tendencias, entre las que destacan la continuación de la actividad de escritores vinculados a la "Xeración Nós" y el "Seminario de Estudos Galegos" (Pedrayo, Calero, etc.), Anxel Fole con su fértil raíz popular, la narrativa evasiva de Cunqueiro, la producción de Blanco Amor, y la actividad de ese conjunto de escritores que la crítica (Varela Jácome) comenzó a agrupar bajo el indicativo de "Nova Narrativa Galega" que reuniendo a autores como Mourullo, Suárez-Llanos, Queizán, Ferrín o Casares, se proponen emprender la renovación de la literatura gallega aproximándose a las corrientes europeas; una idea de renovación que siguen persiguiendo hasta nuestros días y que encuentra eco y continuación en escritores jóvenes pero ya representativos como Suso de Toro o Manuel Rivas.

En el último tramo de los años setenta, el panorama narrativo comienza a enriquecerse con la aparición de nuevos nombres que, a la vez que revelan características de los grupos anteriores, aportan también nuevos modos que preconizan ya la aparición de los autores posteriores; es significativa, en este sentido, la obra de Martínez Oca. Empiezan a publicar también por estos años Alfredo Conde, Víctor Freixanes, Nacho Taibo, Xabier Alcalá, y poco después narradores que parten de la expresión poética, Dario X. Cabana, Manuel Forcadela, Ramiro Fonte, así como un consistente conjunto de escritores que con la progresiva introducción de géneros y temáticas nuevas, y por la utilización de técnicas innovadoras, elevan la narrati-

va gallega a un lugar privilegiado dentro de las literaturas nacionales no sólo españolas sino también europeas.

Partimos con la pretensión de ofrecer una pequeña pero significativa muestra de la actividad narrativa en lengua gallega. Nuestro empeño se enfrenta, además de a todos los peligros habituales en los que puede incurrir una antología, al reducido espacio de que disponemos, en el que resulta imposible hacer comparecer a muchos autores que merecerían estar presentes. Por otra parte no queremos ocultar el inconveniente que significa tener que, por lo general, cortar un texto que es parte integrante de un discurso más amplio, y que pierde, por lo tanto, las conexiones intertextuales de la obra. La intranquilidad ante este hecho se suaviza, al menos en parte, ante la seguridad de que los textos que figuran en la selección muestran, aunque sea dentro de las mencionadas restricciones, algo de la calidad, la particularidad y el brillo que caracteriza la producción narrativa de las últimas décadas.

Textos

EDUARDO BLANCO AMOR

—Non, señor, non: Non teño máis nin menos vountade de falar da que tiña onte. O que pasa é que agora cómpreme remoer ben as cousas antes de as dicir. Estiven remoendoas a noite inteira, que leve o díaño o que durmín, pero as condanadas ensaríllanse todas, en rolda polos miolos i a cabalo unhas das outras, que xa nin sei as que foron antes e as que foron despois, que ata me somella que tantas cousas non puideron ter pasado nunha noite, como cando un soña, que somellan non ter tin e pasan nun instante... Porque eu digolle que o que pasou nesa noite é coma se pasase nunha chea de noites apegadas unhas ás outras, sin día no medio, ou así, como xa dixen denantes... De tal modo que non sei como escomenzar.

—Está ben, si señor... Pois os feitos é que estabamos apavados de cansacio e de bebida e non sabiamos para onde coller, pois as cousas fóranse pondo de

mal en peor, e púñanos medo írmonos a meter onde houbese xente coñecida, i a nós coñeciánnos en todos os sitios onde quixesemos ir...

O tempo cambiara outra vegada para frív. Nos arrahaldos non se via alma viva...

As casas de pallabarro somellaban ir a derrubarse amolecidas, i os refachos de vento arremuiñado do norde, que viña como para tempo de neve, eshorrifaban no aer os fíos da auga que aínda se deshrocaban no medio da rúa dende as canles das tellas.

(de *A Esmorga*, 1959)

—No, señor, no. No tengo ni más ni menos voluntad de hablar de la que tenía ayer. Lo que pasa es que ahora me es necesario pensar bien las cosas antes de decirlas. Las estuve pensando la noche entera, que lleve el demonio lo que dormí, pero las condenadas se enredan todas en ronda por los sesos y a caballo unas de otras, que ya no sé las que fueron antes ni las que fueron después, que hasta me parece que tantas cosas no pudieron haber pasado en una noche, como cuando uno sueña, que parecen no tener fin y pasan en un instante... Porque yo le digo que lo que pasó esa noche es como si pasase en un montón de noches pegadas unas a las otras, sin día en el medio, o así, como ya dije antes... De tal modo que no sé cómo comenzar.

—Está bien, sí señor...Pues los hechos es que estábamos atontados de cansancio y de bebida y no sabíamos hacia dónde ir, pues las cosas se habían ido poniendo de mal en peor, y nos daba miedo irnos a meter donde hubiese gente conocida, y a nosotros nos conocían en todos los sitios a donde quisiésemos ir...

El tiempo había cambiado otra vez para frío. En los arrabaldos no se veía un alma...

Las casas de adobe parecían ir a derrumbarse reblandecidas, y las ráfagas de viento arremolinado del norte, que venía como para tiempo de nieve, deshacían en el aire los hilos de agua que aún caían en el medio de calle desde los canales de las tejas.»

ALVARO CUNQUEIRO

Louro vivía en Salceda, naquela soedade no alto do Cordal, e a súa casa, sempre mui encalada, amosábase por derriha das nogueiras, coa súa grande chimenea sempre filmegando. Louro era de estatura mediana, moreno, flaque, os ollos mouros inquedos, as mans mui vivas en acompañando o parrafeo, a colíña do cigarro sempre pegada ao beizo inferior, movéndose e verquendo cinza namentras Louro

l;alaba. Louro sempre falaba de tesouros. Eu tiña unha nota coas súas opinións, pro perdina, e ontos, revolvendo nuns papés, atopeina. Louro sabía dun tesouro en Fontes, perto de Parga, que estaha soio, sin mouro nin tada. Atopóuno un veciño dali, un tal Cándido, que era compoñedor de ósos. O tesouro falou con Cándido.

—Home, Cándido, déixame quedar na miña cama. Si me levas, hasme gastar, e si me gastas, qué figura fago eu diante dos outros tesouros?

Cándido deixóuse convencer, e non líe non tocóu ao tesouro. Pro, eso sí, todos os anos polo San Bartolo, iba ao monte onde estaba o tesouro e cobraba os réditos. Con istes cartiños pagábase unha cura de augas en Guitiriz, todos os días a polo asado e a melocotóns en almibre. Eu preguntáballe a Louro qué figura tiña o tesouro de Cándido.

—Non che sei mui ben, pro coido que era un pouco de ouro que estaba sentado de costas á porta. (...)

(De *Xente de aquí e de acolá*, 1971)

Louro vivía en Salceda, en aquela soledad en el alto de O Cordal, y su casa, siempre muy encalada, se divisaba encima de los nogales, con su gran chimenea siempre humeando. Louro era de estatura mediana, moreno, flaco, los ojos castaños inquietos, las manos muy vivas acompañando el parrafeo, la colilla del cigarro siempre pegada al labio inferior, moviéndose y echando ceniza mientras Louro hablaba. Louro siempre hablaba de tesoros. Yo tenía una anotación con sus opiniones, pero la perdí, y ayer, revolviendo en unos papeles, la encontré. Louro sabía de un tesoro en Fontes, cerca de Parga, que estaba solo, sin moro ni hada. Lo encontró un vecino de allí, un tal Cándido, que era componedor de huesos. El tesoro habló con Cándido.

—Hombre, Cándido, déjame quedar en mi casa. Si me llevas, me gastarás, y si me gastas, ¿qué figura tendré yo ante los otros tesoros?

Cándido se dejó convencer, y no tocó el tesoro. Pero, eso sí, todos los años por san Bartolomé, iba al monte donde estaba el tesoro y cobraba los réditos. Con estos dineritos se pagaba una cura de aguas en Guitiriz, todos los días a pollo asado y melocotones en almíbar. Yo le preguntaba a Louro qué figura tenía el tesoro de Cándido.

—No sé muy bien, pero creo que era un poco de oro que estaba sentado de espaldas a la puerta." (...)

XOSÉ LUÍS MÉNDEZ FERRÍN

«Diante miña hai unha fiestra, ou millor dito, un chinelo cadrado de carta e media de lado, cun único cristal. E máis alá do cristal, máis alá do chinelo, as rúas, as prazas, o arrabaldo sen nome de rúas embeñadas, de prazas ingardadas, o harrio norte da vila. Pouca xente na vila podería dicir de sí mesmo que coñece, como eu coñezo, iste sistema de prazas comunicadas entre elas por unha madeixa de rúas incoherentes, que constituí v arrabaldo do none. Antre ista zona (tán mollada, tán barolenta) da vila e máis eu, existe unha sorte de comunicación estreita. Disto pode dar te calquera dos primeiros, dos auténticos viciños do arrabaldo do norte. Pode dar conta calquera habitante do arrabaldo do norte que non seña un dises homúnculos orgullosos, reconcentrados, tímidos e malvados que, desertando das bisbarras esteparias do sul, viñéronse establecer eiquí, antre nós, e pretenden figurar que son algunha cousa porque comparten conosco o aire, o tépedo e húmido aire de nosoutros. Que o diga calquera de nosoutros, poñv por caso o doutor Kleines pra pór por exemplo a un convicío destacado que ao mesmo tempo pasa por ser un dos millores coñecedores da pequena historia local, e como tal, é consultado polos eruditos que, no centro, investigan sobre do pasado da vila. Que o diga o doutor Kleines se eu coñezo ou non coñezo ben o arrabaldo do norte, se eu lle teño suministrado, en ocasións, datvs valiosos con que arrequentar o seu ficheiro, ou non lle teño suministrado. O que digo é ben certo. Eu nacín no barrio do norte da vila e sei que, no que respecta a istas cousas, posúo a verdade, anque seña somentes unha pequena verdade.

(De *Arrabaldo do norte*, 1964)

Delante de mi hay una ventana, o mejor dicho, un ventanuco cuadrado de cuarta y media de lado, con un único cristal. Y más allá del cristal, más allá del ventanuco, las calles, las plazas, el arrabal sin nombre de calles envenenadas, de plazas inesperadas, el barrio del norte de la ciudad. Poca gente en la ciudad podría decir de sí mismo que conoce, como yo conozco, este sistema de plazas comunicadas entre ellas por una madeja de calles incoherentes, que constituye el arrabal del norte. Entre esta zona (tan mojada, tan mohosa) de la ciudad y yo, existe una suerte de comunicación estrecha. De esto puede dar fe cualquiera de los primeros, de los auténticos vecinos del arrabal del norte. Puede dar cuenta cualquier habitante del arrabal del norte que no sea uno de esos homúnculos orgullosos, reconcentrados, tímidos y malvados que,

desertando de las comarcas esteparias del sur, se vinieron a establecer aquí, entre nosotros, y pretenden figurar que son alguna cosa porque comparten con nosotros el aire, el templado y húmido aire nuestro. Que lo diga cualquiera de nosotros, pongo por caso el doctor Kleines para poner por ejemplo a un convicío destacado que al mismo tiempo pasa por ser uno de los mejores conocedores de la pequeña historia local y, como tal, es consultado por eruditos que, en el centro, investigan sobre el pasado de la ciudad. Que lo diga el doctor Kleines si yo conozco o no conozco bien el arrabal del norte, si yo le he suministrado, en ocasiones, datos valiosos con que calentar su fichero, o no se lo tengo suministrado. Lo que digo es bien cierto. Yo nací en el barrio del norte de la ciudad y sé que, en lo que respecta a estas cosas, poseo la verdad, aunque sea solamente una pequeña verdad.

CARLOS CASARES

Se se cabrea, que se cabree. A min que. Aguanto e adeus. Vaime matar ou que. Se se cabrea, hala, a beber, a beber e a cantar, ou que. Xa sei o conto. Nada de berros nin harrullos. Coñezo ben o choio. Nin sequera me di horracho, non, ela ben sabe. Abóndalle ai, meu Deus, ai, meus filliños, ela ben sabe. Se se cabrea, que se cabree. As doce e media non me meto eu en casa. Non me meto non, ou que. Vou estar de oito a oito dando clases e logo nada, non, home, non. Veña, que se cabree. Ai, meus filliños, ai, ai, que estou canso. Porque un home pódese cansar e despois, boh, é mellor calar porque me estou cansando de ter alí, no primeiro banco, ao fillo do Chevrolet, con cara de toucino, porque me estou cansando e un día ponse de xeonllos sen máis porque me dá a gana, porque estou canso de ver a cara de parvo que ten, que parece un apalominado, me cago nel, qué burro, ai, qué burro, que lle vou dicir ou Chevrolet 4ue o poña a cavar ou que o meta nun comercio, que o raparigv non serve, que é tatexo e non me sabe dividir por decimais, cara de touciño, cara de non sei qué que ten o porco ese. E se se cabrea, tamén me cabreo eu, que xa esta ben de apandar ou qué, que non vai ser sempe día de santo entroido. Veña, que se bebo é á miña conta, que non lle pido a ninguén e se lle pido, mellor, que se pides, prestan ao oito, que xa podes ter a muller para dar a luz, que non hai volta, (...)

(De *Vento ferido*, 1967)

¿Si se cabrea, que se cabree. A mí qué. Aguanto y adiós. Me va a matar o qué. Si se cabrea, hala, a beber, a beber y a cantar, o qué. Ya sé el cuento. Nada de gritos ni escándalos. Conozco bien la circunstancia. Ni siquiera

me di borracho, no, ella bien sabe. Le llega con ay, Dios mío, ay, mis hijitos, ella bien sabe. Si se cabrea, que se cabree. A las doce y media no me meto yo en casa. No me meto, no, o qué. Voy a estar de ocho a ocho dando clases y luego nada, no, hombre, no. Venga, que se cabree. Ai, mis hijitos, ay, ai, que estoy cansado. Porque un hombre se puede cansar y después, boh, es mejor callar porque me estoy cansando de tener allí, en el primer banco, al hijo del Chevrolet, con cara de tocino, porque me estoy hartando y un día se pone de rodillas sin más porque me da la gana, porque estoy cansado de ver la cara de tonto que tiene, que parece un apalominado, me cago en él, qué burro, ay, qué burro, que se lo voy a decir al Chevrolet que lo ponga a cavar o que lo ponga en un comercio, que el chaval no sirve, que es tartamudo y no me sabe dividir por decimales, cara de tocino, cara de no sé qué tiene el puerco ése. Y si se cabrea, también me cabreo yo, que ya está bien de aguantar o qué, que no va ser siempre día de santo carnaval. Venga, que si bebo es a mi cuenta, que no le pido a nadie y si le pido, mejor, que si pides, prestan a ocho, que ya puedes tener la mujer para dar a luz, que no hay vuelta, (...)

VÍCTOR FREIXANES

Don Ferrante e don Sexismundo, os príncipes máis novos, viven felices o grande espectáculo do poder e a gloria de Roma. E tamén don Hipólito, que xa sente dentro de si o pulo dun tempo diferente onde arar e arrepañar. Cento por un A capital do mundo abre as súas portas ós afortunados provincianos. Durante meses soñaron con este momento: a visión magnífica da Urbe, que aparece de súpeto tras dunha volta do camiño entre alciprestes e sebes de loureiro bravo. A luz vermella do crepúsculo acende unha aura máxica sobre das cúpulas e as torres, incendio maravilhoso, figuración e pintura do Carnaval, e os mozos de Ferrara tremen de emoción imposible de disimular.

Ben mirado pouco durou a viaxe, case ás alcandadas polos camiños lamacentos de Italia. Pero xa lles tardaba enxergar os muros da cidade. Nunha embaixada de tanto aparato son obrigadas as pousas e o paso de andadura, cerimonia de cortesía nos señoríos que se cruzan, ritmo lento e pousón que ós máis novos desespera. A dúas jornadas do Tíber, aguillados pola impaciencia, don Sexismundo e don Ferrante, os dous mocíños, pican esporas, apuran os cabalos e marchan á fin por diante dos demais rompendo e dous a comitiva, escoltados polos soldados de César e desatendendo as voces dos que fican atrás. Calquera que os vexa ir, atal andan os tempos, acaso pense que van presos do tirano, rodeados de tantas lanzas, picas e xente de guerra. (...)

(De *O enxoval da noiva*, 198B)

Don Ferrante y don Segismundo, los príncipes más jóvenes, viven felices el gran espectáculo del poder y la gloria de Roma. Y también don Hipólito, que ya siente dentro de sí el impulso de un tiempo de arar y recoger. ¡Ciento por uno! La capital del mundo abre sus puertas a los afortunados provincianos. Durante meses soñaron con este momento: la visión magnífica de la Urbe, que aparece de repente tras una vuelta del camino entre cipreses y setos de laurel silvestre. La luz roja del crepúsculo enciende un aura mágica sobre las cúpulas y las torres, incendio maravilloso, figuración y pintura del Carnaval, y los mozos de Ferrara tiemblan de emoción imposible de disimular.

Bien mirado poco duró el viaje, casi a la carrera por los caminos embarrados de Italia. Pero ya tardaban en divisar los muros de la ciudad. En una embajada de tanto aparato son obligadas las paradas y el paso de andadura, ceremonias de cortesía en los señoríos que se cruzan, ritmo lento y pausado que a los más jóvenes desespera. A dos jornadas del Tíber, estimulados por la impaciencia, don Segismundo y don Ferrante, los dos mocitos, pican espuelas, apuran los caballos y marchan al fin por delante de los demás rompiendo en dos la comitiva, escoltados por soldados de César y desatendiendo las voces de los que quedan atrás. Cualquiera que los vea pasar, tal y como andan los tiempos, acaso piense que van presos del tirano, rodeados de tantas lanzas, picas y gente de guerra. (...)

ALFREDO CONDE

Cando espertou, ela estaha alí. Mirouna entre molesto e pudoroso, entre o agradecemento e o rencor, e seguiu deitado. Esbo así, deitado sen facer nada, coa mente en branco, preocupado ás veces polas incoherencias que puidera ceibar estando durmido, alleo, triste polo que de indigno houbera aparecidv diante dos ollos da rapaza, sentindo ardentía no estómago e un desaxeitado bulir de ideas que ían inzando vagariño, ensarilladas unhas noutras asegún ia renacendo a consciencia, pra caír novamente na inercia, no deixarse ir, naquel vágado valeiro de pensamentos e voltar cada vez con mais frecuencia á reconstrución dunha noite que perdera. Decatouse da peteirada na vena do brazo, bufando orgulloso e ruín, ó ver o hematomiña que quedara da perdida batalla na que se entregara sen presentar loita algunha. Volveu ollar pra Xenara, conscente xa das razóns, se é que foran aquelas as razóns, que o levaran ó viño; se é que non tora aquel un ataque por sorpresa e unha fortaleza que se derrubaba de señardá e silencio. E entón ergueuse, acción que levou a cabo non sen traballo e vágado, nin

valeira de certos riscos que só un afeito a espertares tales acadara a imaxinar, procurando a ausencia de ruidos, as toses, os tropezáons de filme cómico, o espertar a Xenara, que seguía durmida no seu sotacino, olleirenta, despeiteada e, probabelmente, co alento gris do insomnio posado nos heizos que intuía enxoiros e fríos, murchos de cuspe e nicotina, as mans xuntas coma nunha ladaña no niño da entreperna na percura de calor.

(De *Breixo*, 1981)

Cuando se despertó, ella estaba allí. La miró entre molesto y pudoroso, entre el agradecimiento y el rencor, y siguió acostado. Estuvo así, acostado sin hacer nada, con la mente en blanco, preocupado a veces por las incoherencias que había podido soltar estando dormido, ajeno, triste por lo que de indigno había aparecido ante los ojos de la chica, sintiendo ardor de estómago y un desarreglado movimiento de ideas que iban reproduciéndose despacio, enredadas unas en otras según iba renaciendo la consciencia, para caer de nuevo en la inercia, en el dejarse ir, en aquel mareo vacío de pensamientos y volver cada vez con más frecuencia a la reconstrucción de una noche que había perdido. Se dio cuenta del pinchazo en la vena del brazo, bufando orgulloso y ruin, al ver el pequeño hematoma que le había quedado de la perdida baralla en la que se había entregado sin presentar lucha alguna. Volvió a mirar para Xenara, consciente ya de las razones, si es que habían sido aquellas razones, que lo habían llevado al vino; si es que no había sido aquél un ataque por sorpresa a una fortaleza que se derrumbaba de tristeza y silencio. Y entonces se levantó, acción que llevó a cabo no sin trabajo y mareo, ni vacía de ciertos riesgos que sólo una persona acostumbrada a despertares tales consiguiese imaginar, procurando la ausencia de ruidos, las toses, los tropezones de película de risa, el despertar a Xenara, que seguía durmida en su silloncito, ojerosa, despeinada, y probablemente con el aliento gris del insomnio posado el los labios que intuía secos y fríos, marchitos de saliva y nicotina, las manos juntas como en una oración en el nido de la entrepierna buscando calor.

SUSO DE TORO

COS ANOS SAEN PELOS

Pois se picaban había que cortalos. Facían cóxegas no nariz. Prendeu a luz horizontal enriba do espello. Primeiro parpadexou e logo quedou fixa. Fixo unha

moca coa cara para destacar o nariz e logo mirouse de esguello. Si, saían para fóra. Alí estaban. Abriu a portíña de espello do armariño e colleu as tesoiras pequenas de punta revirada. A ver. Meteou o dedo no nariz para sacalos máis para fóra. Meteunos entre as puntas das tesoiras e cortounos. Hala, fóra. A ver no outro lado. O malo era que canto máis os cortaba un, máis axiña e máis duros saían. Empuxou os do outro lado co dedo e cortounos.

A ver os das orellas. Imparables. Moveu a caheza nun sentido e no outro. Cada vez eran máis e colgaban máis dos oídos. O malo era que se empezaba con eles despois saírían máis. Pero tiña que empezar a cortalos, xa case parecían xestas saíndo para fóra. Parecía que a cabeza estivese chea de pelos e que cos anos fosen saíndo para fóra. Mellor cortalos outro día. Nalgunhas barberías cortábanchos xa sen preguntar nada conforme che cortaban o pelo. Pelos por todas partes. Coma o lobisome. Canto máis che caía da cabeza máis che saía por outros lados. Cómo pasaban os anos, cómo se notaba. Gardou as tesoiriñas no seu sitio e apagou a luz.

(de *Tic-Tac*, 1993)

CON LOS AÑOS SALEN PELOS

Pues si picaban había que cortarlos. Hacían cosquillas en la nariz. Encendió la luz horizontal encima del espejo. Primero parpadeó y luego quedó fija. Hizo una mueca con la cara para destacar la nariz y luego se miró de reojo. Sí, salían para afuera. Allí estaban. Abrió la puertecita de espejo del armario y cogió las tijeras pequeñas de punta curva. A ver. Metió el dedo en la nariz para sacarlos más para afuera. Los metió entre las puntas de las tijeras y los cortó. Hala, fuera. A ver en el otro lado. Lo malo era que cuanto más los cortaba uno, más rápido y más duros salían. Empujó los de un lado con el dedo y los cortó.

A ver los de las orejas. Imparables. Movié la cabeza en un sentido y en otro. Cada vez eran más y colgaban más de los oídos. Lo malo era que si empezaba con ellos después saldrían más. Pero tenía que empezar a cortarlos, ya casi parecían retamas saliendo para afuera. Parecía que la cabeza estuviese llena de pelos y que con los años fuesen saliendo para afuera. Mejor cortarlos otro día. En algunas barberías te los cortaban ya sin preguntar nada mientras te cortaban el pelo. Pelos por todas partes. Como el hombre lobo. Cuanto más caía de la cabeza más te salía por otros lados. Cómo pasaba los años, cómo se notaba. Guardó las tijeritas en su sitio y apagó la luz.

MANUEL RIVAS

Soño coa primeira cereixa do verán. doulla e ela lévaa á boca, mírame con ollos cálidos, de pecado, mentres ¡dí súa a carne. De repente, bicame e devolvema coa lingua. E eu que marcho tocaço para sempre, o óso da cereixa todo o día rolando no teclado dos dentes como unha nota musical silvestre.

Pola noite: “reño algo para ti, amor”

Pouso na boca dela o óso da primeira cereixa.

Pero, en realidade, ela non me quere ver nin talar.

Bica e consola a miña nai e logo vaise cara a tóra. Mirádea, ¡gústame tanto como se move! Parece que leva sempre os patíns nos pés.

O soño de onte, o que facía sorrir cando a sirena da ambulancia abría camiño cara a ningures, era que ela patinaba entre plantas e porcelanas, nun salón cristalado, e viña parar aos meus brazos.

Pola mañá, a primeira hora, fora vela ao Hiper. O seu traballo era surtir de cambio ás caixeiros e levar recados polas seccións. Para encontrala, só tiña que agardar na beira da Caixa Central. E alí chegou ela, patinando con gracia polo corredor encerado. Deu medio xiro para frear, e a longa cabeleira morena ondeou ao compás da saia plisada vermella do uniforme.

“¿Que fas pro aquí tan cedo, Tino?”

“Nada”. Fíxenme o despistado. “Veño por comida para a Perla.” (...)

(De *¿Que me queres, amor?*, 1995)

Sueño con la primera cereza del verano. Se la doy y ella la lleva a la boca, me mira con ojos cálidos, de pecado, mientras hace suya la carne. De repente me besa y me la devuelve con la lengua. Y yo que me voy tocado para siempre, el hueso de la cereza todo el día dando vueltas en el teclado de los dientes como una nota musical silvestre.

Por la noche: «Tengo algo para ti, amor».

Coloco en la boca de ella el hueso de la primera cereza. Pero, en realidad, ella no me quiere ver ni hablar.

Besa y consuela a mi madre y luego se va hacia afuera. Miradla, ¡me gusta tanto como se mueve! Parece que lleva siempre los patines en los pies.

El sueño de ayer, el que hacía sonreír cuando la sirena de la ambulancia se abría camino hacia ninguna parte, era que ella patinaba entre plantas y porcelanas, en un salón acristalado, y venía a parar a mis brazos.

Por la mañana, a primera hora, la había ido a ver al Hiper. Su trabajo era surtir de cambio a las cajas y llevar recados por las secciones. Para encontrarla, sólo tenía que esperar al lado de la Caja Central. Y allí llegó ella, patinando con gracia por el pasillo encerado. Dio medio giro para frenar, y la larga melena morena ondeó al compás de la falda plisada del uniforme.

«¿Qué haces por aquí tan temprano, Tino?»

“Nada”. Me hice el despistado. “Vengo a por comida para la Perla”.(...)



Manuel Colmeiro. *Dibujo*. Tinta sobre papel, 31 x 23 cm.